

EL FENIX,

PERIÓDICO UNIVERSAL, LITERARIO Y PINTORESCO.

En Valencia : 4 números 5 rs.—
12 id. 15.—24 id. 28.—48 id. 54.

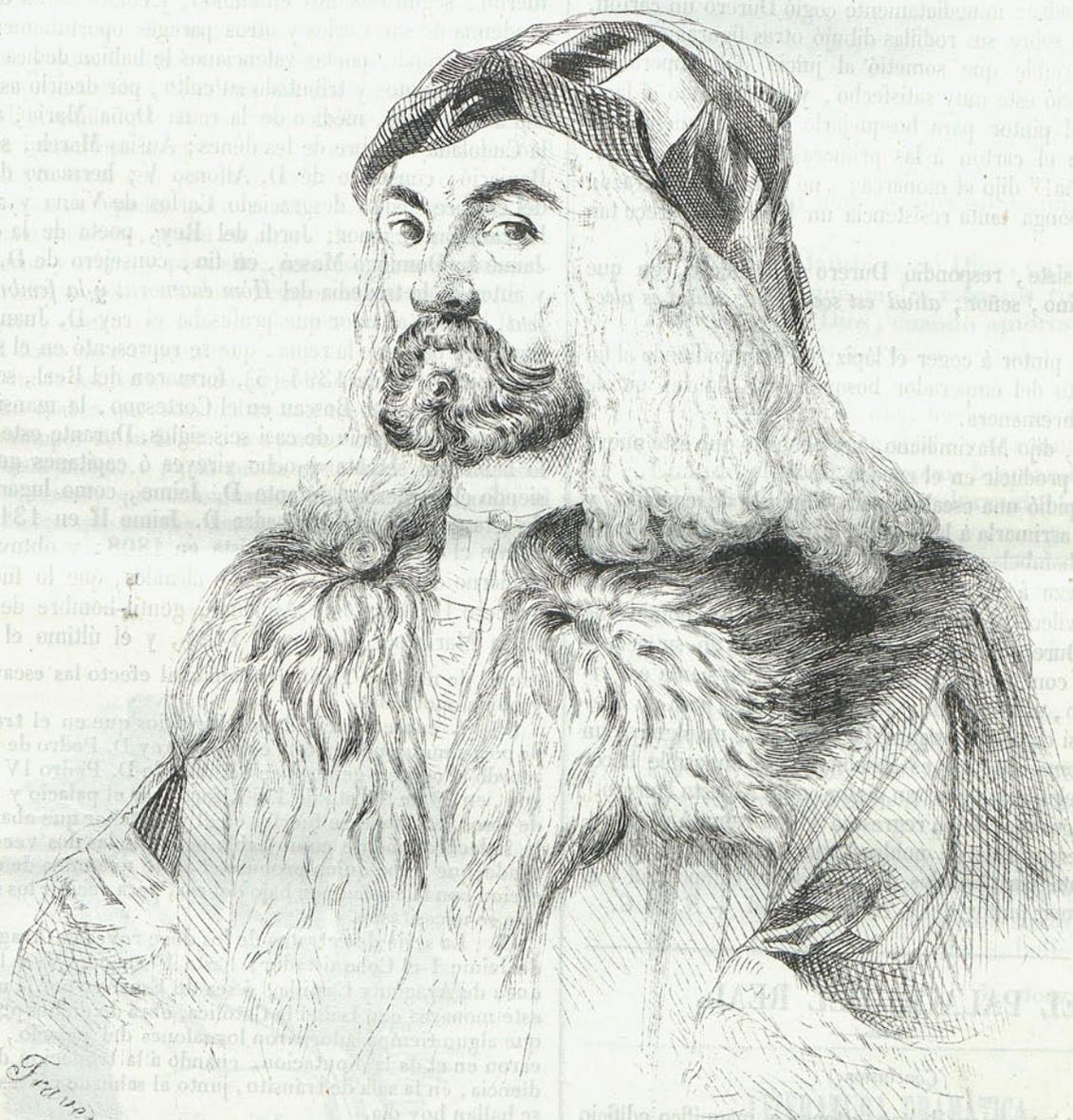
Núm. 4. — Tomo 1.º — Domingo 26 de Octubre de 1845.

En Provincias : 4 números 6 rs.—
12 id. 18.—24 id. 34.—48 id. 66.

ALBERTO DURERO.

Alberto Durero, que floreció por los años de 1528, es el pintor mas célebre de Alemania, el fundador de la buena

escuela y el artista, cuya memoria se conserva en aquel pais con idolatría. Heunhof, su pueblo natal, se halla enriquecido con mil magníficas pinturas de su mano, pero ninguna tan bella, tan sorprendente y sublime como el gran cuadro



que representa los triunfos del emperador Maximiliano, pintado en la pared del ángulo del Norte, de la sala de los consejos de Heunhof. De todos los pueblos del mundo afluyen los artistas á contemplar la gigantesca obra de Durero, y á estudiar en ella ese genio colosal que lo colocó sobre el nivel de todos los pintores alemanes. Hé aquí la descripción del cuadro:

El emperador Maximiliano, adornado con todas las insignias del imperio, el cetro en una mano y la palma en la otra, está sentado sobre una carroza de oro macizo, á la cual es-

tán enganchados, de dos en dos, doce magníficos caballos: en las cuatro ruedas se leen estas palabras: *Magnificencia, honor, dignidad, gloria*. En el techo de la carroza, que forma el cielo de un trono, resplandece la divisa del emperador: *«Quod in caelis sol hoc in terra Cesar est.»* La diosa de la Victoria, cuya túnica flota á merced del viento, se inclina como arrodillándose detrás del monarca y coloca sobre su cabeza una corona de laurel: sus alas desplegándose permiten leer las siguientes palabras: *Galia, Hungría, Helvecia, Bohemia, Alemania, Lombardía*. Un coro de lindas jóvenes

rodea la carroza simbolizando la Dulzura, la Caridad, la Justicia, etc. La Razon, sentada delante del emperador, conduce el brillante carruaje y sujeta con las riendas á la Nobleza y al Poder, y en un costado del cuadro se vé un grupo de músicos jóvenes y viejos tocando instrumentos de viento, entre los cuales cautivan la imaginacion un festivo anciano que baila y toca á la vez, y un timbalero que mide el compás.

En 1526 fue á Heunhof el mismo emperador Maximiliano atraído por la fama que habia adquirido el cuadro de Durero, y en la mañana del 26 de Abril se presentó en la sala de los consejos acompañado del gran artista y seguido de un inmenso pueblo que lo victoreaba con frenesí. El entusiasmo del monarca, que tambien era excelente pintor, no tuvo limites, pero dijo francamente á Durero que el grupo que estaba al rededor de la carroza le agradaba menos que el resto del cuadro: inmediatamente cogió Durero un carton, y colocándolo sobre sus rodillas dibujó otras figuras con una velocidad increíble que sometió al juicio del emperador: tampoco pareció este muy satisfecho, y arrebatando el lápiz de manos del pintor para bosquejarle su pensamiento, lo rompió sobre el carton á las primeras líneas que dibujó: «¡Cosa estraña!» dijo el monarca; «no comprendo la razon de que me oponga tanta resistencia un lápiz que parece tan dócil.»

—Eso consiste, respondió Durero sonriéndose, en que este es mi reino, señor; *aliud est sceptrum, aliud es plectrum.*

Volvió el pintor á coger el lápiz, y comprendiendo al fin el pensamiento del emperador bosquejó dos figuras que le agradaron sobremanera.

—Quisiera, dijo Maximiliano, ver el efecto que este nuevo grupo pueda producir en el cuadro.

Alberto pidió una escalera para dibujarlo de contado, y al tiempo de arrimarla á la pared, hizo seña el emperador á uno de sus chambelanes para que la sostuyese. El magnate volvió la cabeza á otro lado haciéndose el distraído y como temiendo envilecerse si prestaba su ayuda á un hombre de la clase de Durero. El emperador, que leyó en su pensamiento, dijo con tono seco y grave: «mal os sienta ese ridículo orgullo, señor conde; tened entendido, para en adelante, que así como me es muy fácil hacer de un plebeyo un chambelan como vos, me es absolutamente imposible hacer de un chambelan como vos, un pintor como Alberto Durero.»

A los pocos dias de su regreso á Viena remitió el emperador á Durero cartas de nobleza con un escudo de armas que representa tres escudos de plata sobre campo azul y el título de primer pintor de la corte imperial. —R. de C.

EL PALACIO DEL REAL.

(Conclusion.)

En la construccion de tan estenso y magnífico edificio fueron empleados los mas hábiles arquitectos ó maestros de obras, como entonces se les llamaba, de sus respective épocas: Alfonso Valdomar, el mismo que tuvo á su cargo alargar la santa iglesia metropolitana hasta la línea de su torre ó Micalet, construyendo el nuevo muro y nave que media entre la puerta principal y la del coro: Pedro Compte, el célebre maestro de la casa de la contratacion: Pedro Viña, su compañero y sucesor en la continuacion de las obras de importancia que entonces hacian la ciudad y el cabildo eclesiástico (1) y otros varios, de los cuales es tal la escasez de

(1) Pedro Compte y Pedro Viña, fueron nombrados en 8 de Agosto de 1498, por la ciudad de Valencia, para pasar á los confines de Castilla á reconocer la elevacion del rio Cabriel, y si seria posible aumentar con las aguas sobrantes el

noticias que no nos atrevemos á sentar datos aventurados. Su fábrica hasta la altura del primer piso era generalmente de piedra de cantería, de tal solidéz y espesor que cuando en el año de 1810 se trató de su demolicion, como luego diremos, no faltaron hombres decididos que se ofrecieron á ir á encerrarse en él y defenderle, considerándole, y con razon, como un fortísimo castillo (2).

Falcó, Carbonell, los dos Ribaltas, Vicente Juan Macip ó el grande Juan de Joanes, como se le conoce vulgarmente, los Espinosas, Peralta, Zariñena y otros célebres artistas pintores valencianos habian dejado en él memorias suyas, porque el palacio del Real era mirado como un centro comun, como una crónica viva de esta patria, que se habian esmerado en ataviar todos sus hijos eminentes (3). Las bellezas de esta última clase, que era posible extraer, lo fueron, segun tenemos entendido, y colocadas en esta real academia de san Carlos y otros parages oportunamente (4).

Los grandes poetas valencianos le habian dedicado tambien sus talentos y tributado su culto, por decirlo así: mossen Jaime Roig, médico de la reina Doña María, autor de la Cudolada ó Llibre de les dones; Ausias March, señor de Beniarjó, consejero de D. Alfonso V, hermano de armas del célebre cuanto desgraciado Carlos de Viana y autor de las cántigas de amor; Jordi del Rey, poeta de la corte de Jaime I; Domingo Mascó, en fin, consejero de D. Juan I y autor de la tragedia del *Hòm enamorat y la fembra satisfeta*, alusiva al amor que profesaba el rey D. Juan á Doña Carroza, dama de la reina, que se representó en el salon del palacio el Abril de 1394 (5), formaron del Real, segun nos ha dejado descrito Boscau en el Cortesano, la mansion mas deliciosa por espacio de casi seis siglos. Durante este período lo habitaron setenta y ocho vireyes ó capitanes generales, siendo el primero el infante D. Jaime, como lugarteniente de esta corona, por su padre D. Jaime II en 1319, y el último el conde de la Conquista en 1808: y obtuvieron el gobierno del mismo diez y siete alcaides, que lo fueron: el primero D. Bartolomé Almenar, gentil-hombre de la reina Doña María por el año de 1424, y el último el coronel caudal de nuestro Turia, haciendo al efecto las escavaciones y obras oportunas.

(2) A consecuencia de los dos sitios que en el transcurso de pocos meses puso á esta ciudad el rey D. Pedro de Castilla, acordó el consejo general en nombre de D. Pedro IV de Aragon, en 23 de Agosto de 1356, fortificar el palacio y cerrarle de fosos para hacerse fuertes en él y no tener que abandonarle indecorosamente como habia ocurrido las dos veces: y se añade que hubo quien propuso el abrir una mina de comunicacion con la ciudad por bajo del rio, para recibir los socorros que se necesitasen.

(3) La serie de retratos de los doce reyes de Aragon desde Jaime I el Conquistador, hasta Fernando V; y la de los once de Aragon y Castilla, ó sea de España, por la union de este monarca con Isabel la Católica, obra de dichos profesores que algun tiempo adornaron los salones del palacio, se colocaron en el de la diputacion, cuando á la traslacion de la audiencia, en la sala de tránsito, junto al salon de córtes, donde se hallan hoy dia.

(4) Sabemos que otra de las que se perdieron lo fue la estatua colosal de mármol de medio cuerpo, tenuta por de Aníbal, que traída de Murviedro para enviarla á la corte, se colocó entre tanto en el rellano de la escalera de la izquierda: arrojada en el óvalo de la alameda cuando á la destruccion del palacio se le arrancó la cabeza que parece recogió un inteligente de esta ciudad, y el hermoso y mutilado torso, cuyo trabajo en la afiligorada armadura, era la admiracion de los conocedores, despues de estar abandonado mucho tiempo fue conducido á la fábrica de moneda establecida en esta ciudad, donde aserrado se le transformó en morteros para las elaboraciones: tal fue el fin de esta hermosa estatua despues de haber estado olvidada casi diez siglos en la antigua Sagunto.

(5) En el invierno de 1782 se hicieron el *Desafío indultado ó sea el Delincuente honrado*, del señor Jovellanos; el *Cortejo enredador* del señor conde de Noroña, y otras; desmenuando los papeles señoras y caballeros de esta ciudad.

D. Miguel Colins de Heetveldé en 1810. En este año las circunstancias bien sabidas de las ocurrencias de la época, la consternacion en que se hallaba la ciudad con motivo de ver ocupada por los egércitos franceses la mayor parte del reino, y haberlos tenido ya á sus puertas por dos distintas veces, y mas que todo la completa ignorancia del arte de la guerra y otras causas que no es del caso espresar, hicieron temer que en una nueva tentativa se hiciesen fuertes en el palacio, y fue acordada su demolicion, sin embargo de las enérgicas protestas y denuedo entusiasta de muchos valientes ciudadanos, que cual los impávidos hijos de Zaragoza en su palacio de la Aljafería, preferian sucumbir entre sus ruinas á que desapareciese el monumento mas glorioso de la provincia. En pocas semanas se le vió reducido á escombros, y aun estaba en pie parte del muro de su primer cuerpo, cuando se presentó ante esta ciudad el egército francés, al mando del mariscal Suchet, colocó tras de él una batería de morteros y otra de cañones con la que enfiló la endeble que habíamos construido á la cabeza del puente del Real: el batallon de Castilla que la guarnecia cañoneó largo tiempo, pero sin fruto, aquellos paredones, y entonces se conoció el inconcebible error con que se habia procedido.

Despues de aquella época el señor Elío, de quien ya hemos hecho mencion, pensó en alzarle de nuevo; lo propuso al gobierno y arbitrios para ello, pero este gran pensamiento reparador requería sin duda tiempos mas tranquilos (1).

Ahora, cuando bajando por el hermoso puente del Real, hácia el llano de este nombre, nos detenemos á considerar el sitio donde estuvo asentado aquel magnífico edificio, cual los poetas árabes que recordaban con tanta ternura los dulcísimos campos de su Edeta, nos parece verle ostentar todavía su vasta mole.... ¡ojalá que la posteridad vea cumplidos nuestros deseos, que consignamos en este semanario, al mismo tiempo que nuestra amargura por la demolicion de tan precioso monumento.—J. M. Z.



ARMONIA RELIGIOSA.

LA CREACION.

Bello es el sol, que derramando vida,
Su inmensa esfera en los espacios dora;

(1) El señor D. Francisco de Longa, capitan general de este reino, levantó en el año de 1827, en medio de sus jardines, el pintoresco edificio conocido ahora por el casino del Real.

Bella es la luz de la risueña aurora
Sobre las olas de la mar dormida.

Bella, cual la piedad, es la alma luna
Entre ligeras nubes reclinada,
Y es tranquila su luz cual la mirada
Del ángel del Señor junto á una cuna.

Dulce es la brisa que besando flores
Allá en la estensa soledad se mece;
Cuando natura engalanada ofrece
Sus cuadros de oro en su vergel de amores.

Si ruge empero tempestad sombría,
Y oscureciendo el ancho firmamento
Entre nubes sin fin, se escucha al viento
Formando en los espacios su armonía;

Si á su inmenso fragor el mar responde
Que en sus abismos con terror se agita
Y á su débil ribera precipita
Cuanto en su seno misterioso esconde;

Grande es tambien mi Dios, cuya mirada
Dá luz al sol que en los espacios rueda;
Grande es mi Dios, cuando amorosa y leda
Vaga la luna en su region callada.

Derrama su bondad hasta en el nido
Del pájaro inocente sobre un tronco,
Cuando el mismo huracan bramando ronco
Le deja allí por el amor dormido.

Y entre el rumor de tempestad sombría,
Y entre el rugido del furioso viento
Y oscurecido el alto firmamento
Perdido el esplendor de un bello dia;

El pájaro dormido en débil cuna
Por la terrible tempestad mecida,
Por la bondad de Dios su tierna vida
Se conserva tambien sin pena alguna.

Grande es la creacion; pero mas que ella
La alma del hombre al elevarse al cielo,
Sobre este fango del mezquino suelo,
Mas que la creacion el alma es bella.

V. Boix.

LITERATURA DRAMÁTICA.

En la papeleta que para anunciar el drama de A. Dumas, titulado *Catalina Howard*, se ha repartido esta semana, y en el párrafo destinado al acostumbrado elogio de la funcion, hemos visto consignadas ideas literarias tan perniciosas y descabelladas, que nuestro deber como redactores de un periódico literario nos impone la penosa obligacion de rebatirlas. Conocemos bien el descrédito de esa clase de anuncios y sabemos que no merecen los honores de una refutacion, pero es tal el estravío del autor del que nos ocupa que no podemos menos de dedicarle algunas líneas, tanto para rectificar la opinion que con su lectura haya podido formar al-

gun incauto lector, cuanto porque el honor de la literatura española y la reputacion de los buenos poetas nacionales y estrangeros, necesitan una reparacion pronta y eficaz.

Indudablemente es partidario de la escuela romántica el autor del anuncio, y romántico de aquellos que saborean desde la luneta los incestos, adulterios, verdugos, puñales y venenos en que abundan los dramas que tan en boga han estado durante diez años. Sea en buen hora, y hágale muy buen provecho: á buen seguro que no hubiéramos tomado la pluma si se hubiera limitado al elogio de su predilecta Catalina, pero en el calor de la improvisacion ha enarbolado una bandera cuyo lema de *non plus ultra* necesitamos abatir.

Dice entre otras cosas el anuncio, hablando de las obras semejantes á *Catalina Howard*:

«Solo ellas arrebatan y atraen, solo ellas arrancan esas muestras estrepitosas de entusiasmo, nacidas del fondo del alma, que en vano en su envidioso despecho pretenden usurpar las frias y compasadas concepciones de sistemáticas escuelas, ó las creaciones raquílicas de limitados ingenios. ¿Y por qué esto? porque en las unas está el talento, la verdad, el genio; en las otras.... nada capaz de conmover profundamente el corazon. Así las primeras, brillantes como el sol, no mueren nunca; mientras que las segundas, pálidamente resplandeciendo, desaparecen como un fuego fátuo, si es que llegaron á lucir un momento.»

He aquí tirado por el suelo todo cuanto se ha escrito desde Plauto y Terencio hasta Martinez de la Rosa; he aquí hecho el auto de fe de Moratin, de Moliere, de Cienfuegos, de Racine, de Corneille, de todos nuestros poetas del siglo XVII, y de todas las obras dramáticas que con sujecion á las reglas han escrito los modernos autores. ¡Solo es bueno, solo es grande, solo hay talento en *la Clotilde*, en *Lucrecia Borgia*, en *Margarita de Borgoña*, en *Lázaro*, en *el Campesano de san Pablo* y en esa multitud de dramas patibularios en que brilla tal cual chispa de imaginacion, entre mil dislates, horrores é inverosimilitudes!

Que solo estos dramas arrebatan y atraen: cierto que hubo una época en que así sucedia, y en que ansioso el pueblo de sensaciones, de vida y animacion, buscaba la presencia de esos cuadros espantosos aun cuando repugnasen á su cabeza y corazon, á la manera que se agolpa y apiña en medio de la plaza pública para ver la egecucion del criminal y cierra los ojos en el momento de desprenderse la cuchilla. Así aplaudia esos dramas en medio de su vértigo, así iba á escucharlos sin detenerse en el análisis; pero ese período fue muy breve: la fria razon, el buen criterio volvió á ocupar el perdido puesto y lo que le habia parecido sublime le pareció ridículo; en aquella animacion que tanto le lisongeaba solo vió un espíritu de exageracion que no existe en la naturaleza de las cosas; y en aquellas situaciones que lo embelesaban un pensamiento llevado á un extremo inconcebible que á fuerza de estar abultado escita la risa, como la fábula de los Titanes librando batalla contra el cielo.

«Que las demás concepciones son obras frias y compasadas de sistemáticas escuelas, ó creaciones raquílicas de limitados ingenios.» Si el que ha escrito esos renglones hubiera hecho referencia á esas comedias insulsas é inmorales que nos regalan los dramaturgos modernos, tal cual *la Perla de Barcelona*, elogiada tambien en los anuncios, no hubiéramos tenido dificultad en convenir, que entre dos cosas malas obtábamnos por el desenfreno romántico, puesto en parangon con la necedad y la insuficiencia: allí al menos puede estudiarse el tipo de una era de anarquía literaria, encontrarse imaginacion, talento alguna vez, cuando en estas solo puede hallarse falta de recursos y de criterio. Pero se ha aludido á los grandes maestros de la literatura dramática, se ha dicho que no hay mas allá despues de *Catalina Howard*, y se ha dicho con tal arrogancia que involuntariamente vuelve

á presentarse á nuestra imaginacion la pretension de los Titanes.

No somos clásicos, ni románticos; conocemos que el teatro camina con los defectos de la sociedad; no queremos la restriccion del pensamiento ni consideramos que todo sea malo fuera de las severas unidades de Terencio; no diremos con Boileau:

Qu'en un lieu, qu'en un jour, un seul fait accompli,

Tienne jusqu'à la fin, le théâtre rempli,

pero queremos que el buen gusto marque los límites de la independencia literaria, queremos que las bellezas se hallen en el campo de la naturalidad, y que nadie se abandone sin discrecion á las estravagancias del pensamiento, convirtiendo la historia en un romance, presentando escenas de asesinatos ó borrachos vestidos con el traje de la edad media, adulterando los recuerdos poéticos y profanando todo lo grande y bueno de los pasados tiempos. Al encontrarse el corazon tan lejos de la verdad, no sabe escederse de sus naturales sentimientos, y por ardiente que sea, se enfria y fastidia al descorrer el velo que encubre la mano grosera del artífice; rechaza indignado esos dramas en que solo está pintado el egoismo de la época, el goce de apetitos delincuentes ó la consumacion de pasiones viles, y tiende ansioso la vista hácia los verdaderos poetas que le ofrecen en sus obras cuadros de patriotismo, de honor, de amor, de amistad y de esas grandes y generosas pasiones que formaron tantos héroes. Lo repetimos; estamos íntimamente convencidos de que las verdaderas bellezas son hijas de la observancia de las reglas, y prueba de ello es que pasado el breve período de la reaccion, los mismos autores de esos dramas desenfrenados han buscado en el rigorismo de los preceptos clásicos y en el inagotable manantial de poesia de sus autores, una gloria mas cierta, mas honrosa y duradera.

«Que en *Catalina Howard* y otras obras semejantes está el talento, la verdad, el genio, y en las otras.... nada capaz de conmover el corazon, razon por la cual las primeras brillantes como el sol no mueren nunca, mientras que las segundas, pálidamente resplandeciendo, desaparecen como un fuego fátuo, si es que llegaron á lucir un momento.»

¡Horror, horror, horror! esclamaríamos con Shakspeare, si llegáramos á creer que semejantes palabras pudieran encontrar eco en algun amante de las letras. Los grandes poetas, las inmortales obras que enriquecen nuestro Repertorio, no necesitan un defensor tan humilde como nosotros: su gloria se estiende por todos los puntos del universo, y se imprimen en todos los idiomas; el genio, el talento, la verdad de nuestros poetas del siglo XVII, han sido el verdadero sol de la literatura dramática, el tesoro con que se han enriquecido nuestros vecinos de allende el Pirineo, y lo único que ha pasado puro y fulgente hasta nosotros y pasará de igual manera hasta las mas remotas generaciones. Lope, Tirso, Calderon, Guillen de Castro, Moratin, han desaparecido por breves instantes de la escena española, pero no vencidos en la lucha con los románticos franceses, sino avergonzados de la relajacion de un teatro que no era ya la escuela de las costumbres, sino la de los vicios, la de los crimines é insensatéz. Afortunadamente, y como al principio de este artículo dijimos, el furor romántico resplandece pálidamente, y la razon y el buen gusto vuelve á introducirse entre los espectadores. Van, es cierto á la representacion de esos dramas cuando de tarde en tarde se los ofrecen, pero no como antes á celebrarlos y aplaudirlos, sino á escuchar una novela que los entretiene en gracia de lo disparatado de su argumento: acaso con dramas de esa especie los coliseos se llenan de gente, mientras que una comedia de Lope ó Moratin se representaria con un auditorio de cien per-

sonas.... ¿Y por qué esto? decimos nosotros á nuestra vez; ¿por qué en aquellos está el genio y la verdad y en estas nada capaz de conmover ni agradar?... no; consiste en que por efecto de las actuales costumbres el pueblo no va al teatro para juzgar del mérito literario, filosófico y moral de un drama; sino ávido de sensaciones, vario de deseos, y predispuesto á enamorarse de rasgos que le conmuevan por extraños y difíciles que sean. El célebre autor del Gil Blas dice, hablando del pueblo que concurre al teatro, «que frecuentemente aplaude fuera de tiempo, se alucina con oropeles, y solo se desengaña cuando se imprimen las mismas obras que aplaudió al tiempo de representarlas.» Preguntadle cuál pieza es mejor, si *Catalina Howard*, ó el *Sí de las niñas*: os responderá que la segunda: preguntadle cuál desea ver, cuál lo entretiene y conmueve mas: os responderá que la primera. Y ¿por qué esto? repetimos; porque el germen de la revolucion social ha penetrado tambien sobre la escena secando en el corazon la fuente de las sensaciones poéticas, porque la moderna literatura dramática importada del extranjero ha relajado nuestro gusto y hecho formar apego á esas combinaciones de palabras que producen una oscuridad enigmática repugnante á la naturalidad, á esas maneras afectadas, á esos hiperbólicos y exagerados rasgos, á esa amalgama dispartada de delirios y pasiones que lo confunde todo, el cielo, la tierra, lo pasado, lo presente, lo verosímil y lo imposible, y que hunde el pensamiento en un caos del cual no puede salir sino para compadecer á los que en sus accesos de locura han intentado trastornar la naturaleza de las cosas.

Terminamos este artículo, que va haciéndose demasiado largo, y en otros sucesivos nos ocuparemos del análisis de esos dramas extranjeros de la moderna escuela, comparándolos con las producciones de nuestros inmortales poetas, pero al tiempo de dejar la pluma séanos permitido decir al autor del anuncio que nos ha ocupado, que antes de coger la suya tenga siempre presente estas palabras de Salustio: *prius quam incipias consulto, et, ubi consolueris, mature facto opus est.*

Rafael de Carvajal.

MARGARITA PUSTERLA,

NOVELA HISTÓRICA.

Traducción de D. P. Garcia Cadenas.

(Continuacion.)

CAPITULO II.

Amor.



A. T.

BUONVICINO de Lando, descendiente de una de las principales familias de Plasencia, habia sido conducido muy jóven á Bolonia para tomar parte en los estudios que á la sazón formaban de aquella ciudad el punto de reunion de la ardiente juventud de Italia; porque las letras ofrecian ya en aquella época una nueva

senda para llegar á aquella altura que anteriormente no se alcanzaba sino con el egercicio de las armas. Bien es verdad que los estudios de aquellos tiempos se reducian á pedantes-

cas reglas de gramática y de retórica, á la filosofía de los comentadores de Aristóteles y á la ciencia de las decretales; pero el amor de las bellas letras y la resurreccion de los clásicos latinos, podian tambien, cuando encontraban terreno propio para fecundar el germen, engendrar en los corazones las afecciones nobles y las ideas generosas. Este es el fruto que Buonvicino supo sacar de sus tareas: empapado desde su infancia en los escritos y en las acciones de esa gloriosa antigüedad, su alma se elevaba sobre los miserables debates de su siglo. De este modo alimentaba, es verdad, ideas incompatibles con la moderna civilizacion, ideas de aquellas cuya influencia fue tan dañosa al desarrollo de las repúblicas italianas; pero el sagrado nombre de la patria, único tema de las letras romanas, habia inflamado la imaginacion de aquel jóven, cuya sola ambicion era avanzar en edad para servir á su pais en la magistratura ó en la guerra.

¡Desgraciado! vinieron los años, pero con ellos la desgracia y las ilusiones falaces, esa plaga de las almas nobles y generosas.

Plasencia, su patria, habia caido en poder de Matteo Visconti, y éste la dejó á Galeás, quien, menos hábil y mas corrompido que su padre, se creía con derecho para egercer su tiranía en todas las ciudades conquistadas. Sin hablar de los ardides de que se valió para agravar mas y mas la esclavitud de Plasencia, intentó deshonorar á Bianchina, muger de Opicino Lando, llamado Versuzio, y hermano de Buonvicino. Pero tuvo mal éxito su temeridad: la muger fue virtuosa, y el marido, de inteligencia con algunos leales ciudadanos, derribó del poder á los Visconti y ofreció el señorío al cardenal Poggetto, legado del papa.

Buonvicino se hallaba entonces en aquella edad en que el corazon es todo sentimiento sin prevision ni cálculo: empapado en las ideas del patriotismo antiguo, inspirado por las nuevas preocupaciones que daban el nombre de extranjero al habitante de la ciudad vecina, y llamaban tiranía á la dominacion del pais limitrofe, apenas tuvo noticia del complot que se preparaba, reunió un crecido número de sus discípulos y llegó bastante á tiempo para que su valor fuese útil á los conjurados y para desplegar su natural generosidad. El dia en que estalló la revuelta, Beatriz, esposa de Galeás, se hallaba en la ciudad con su hijo: ocupada solamente en la salud de la infeliz criatura, logró al cabo salvarle, quedando ella en palacio para no despertar sospechas y resuelta á arrostrar la cólera y la brutalidad de un pueblo en efervescencia, con tal de poner á cubierto los dias de su hijo. Tamaña abnegacion llegó á oidos de Buonvicino, y lleno de respeto y veneracion hácia aquella santa ternura de una madre, no solamente impidió que se hiciera ningun ultrage á Beatriz, sino que la condujo él mismo fuera del territorio de Plasencia, y la entregó sana y salva á los guardas de Galeás.

Sucedía esto en el año 1322. En esta época se restableció en Plasencia el gobierno republicano, y el señorío del papa podia en efecto mirarse como un estado de completa libertad. Los soberanos pontífices que entonces tenian su silla en Aviñon, solo ofrecian de tan lejos un patrocinio honorario, y por otra parte, comprometidos por el partido del rey de Francia, tenian interés en contrarestar las maniobras de los gibelinos que querian restringir en provecho del emperador las franquicias de la Lombardia.

Durante los ocho años que siguieron, Buonvicino se egercitó en los generosos servicios de un pais libre: en breve adquirió esa elevacion de sentimientos que consagran al hombre á una vida pública y esenta de las mezquinas futilidades de la vida privada, y le acostumbra á interesarse mas por el bien público que por los intereses particulares. A esta educacion de los ciudadanos debió la Italia los progresos de su prosperidad, mientras duraron las repúblicas.

De día en día iba cambiando la fortuna de los Visconti, los cuales tuvieron que sostener la guerra del emperador Luis de Baviera, apoyado por todos los enemigos que su insolencia les había acarreado, y por ese Versuzio Lando, cuyo tenaz rencor no perdía una sola ocasión de combatirles. En fin, las cosas se pusieron de tal modo, que Galeás, Luchino, Giovanni y Azona se vieron encerrados en las horribles prisiones de Monza, llamadas los Hornos, donde permanecieron desde el 5 de Julio de 1327, hasta el 25 de Marzo del siguiente año.

Pero muerto Galeás acabó con él el odio que había inspirado á los príncipes y á los pueblos, y la fortuna de los Visconti tomó desde entonces nuevo rumbo. Azona, mas inteligente que su padre, proclamado señor de Milan el 14 de Marzo de 1330, determinó recobrar las ciudades que se habían perdido, y consiguió, en efecto, tomar á Bergamo, Vercelli, Vigevano, Pavia, Cremona, Brescia, Lodi, Crema, Coma, Borgo San Domino, Traveglia y Pizzighettone. Plasencia era también objeto de su ambición, pero no era fácil empresa su conquista; y como aquella ciudad gozaba de un gobierno libre bajo la protección del papa, Visconti no hubiera podido atacarla sin romper abiertamente con la santa sede. Pero en cambio de esto emprendió una guerra sorda y digna de su pérdida política: para conseguir su objeto desenterró yo no sé qué agravios, violaciones y represalias que los habitantes de Plasencia habían ejercido contra sus súbditos. Se valió de la amenaza y fue necesario enviarle á Milan diputados y rehenes, entre los cuales se encontraba Buonvicino. Su hermano Versuzio había muerto, así como sus mas próximos parientes y sus amigos mas caros, durante las pasadas guerras. Buonvicino había tenido ocasión de ver cuanto la vida real es diferente de los sueños que engendra la imaginación. Los espléndidos fantasmas de su juventud se desvanecieron mas y mas, cuando llegado á la corte de Milan pudo ver de cerca por medio de qué intrigas, y de qué tenebrosas vías se administran los intereses públicos; intrigas que un alma ingenua apenas puede comprender, pero que los sábios de este mundo miraron y mirarán siempre como necesarias á la prosperidad de los estados. Buonvicino se indignó de pronto; despues se apoderó de él un sombrío furor. Pero á fuerza de tener siempre á la vista el mismo espectáculo, contrajo esa profunda melancolía que engendra el sentimiento del bien que seria preciso hacer y de la incurable imposibilidad de realizarlo.

Por lo demás, en su posición mixta de rehen y de embajador, y también en memoria de la señalada merced hecha en otra ocasión á la princesa Beatriz, Buonvicino era acogido y honrado por todas partes, y tanto él como sus compañeros fueron hospedados por las primeras familias de Milan. El público esperaba que las relaciones de la hospitalidad engendraran vínculos de afección, y que con el tiempo lo que él llamaba la benevolencia universal sin ser otra cosa que la silenciosa tolerancia del yugo común, vendría á reemplazar los rencores municipales. Buonvicino había sido confiado á la familia de Huberto Visconti.

Huberto Visconti era el padre de esa Margarita que da nombre á nuestra historia. Hermano de Matteo el Grande, gozaba de gran consideración en la ciudad, pero no tomaba parte en el gobierno. Quizá la integridad de su alma rechazaba los tenebrosos manejos que la política aconsejaba á sus hermanos para conservar ó engrandecer su señorío, quizá también aquellos príncipes ponían en juego toda su destreza para alejar de los negocios á un hombre demasiado ignorante de las cosas de este mundo para que no intentase detener con los escrúpulos de la justicia la desenfadada corriente de la ambición. Añádese á esto que los Visconti en su cualidad de gibelinos, ó defensores de los derechos imperiales, estaban mal quistos con los papas, quienes unidos á los

Güelfos sostenían la causa del pueblo y de la iglesia. Como quiera que las pasiones políticas se hermanaban fácilmente con las creencias religiosas, acontecía con frecuencia que profesando los gibelinos graves errores en materia de fe, los pontífices tenían que lanzar sus rayos espirituales contra sus enemigos temporales, y los pueblos miraban como hereges á aquellos que contrariaban las miras terrestres de los papas. De aquí resultaba que un gran número de conciencias timoratas hacían escrúpulo de colocarse bajo el pendón de la vibora, y que Huberto seguía con repugnancia el partido de sus parientes, lo indispensable para cumplir con su honor y su juramento de caballero. En cierta escaramuza que tuvo lugar en Milan, cuando en 1302 los Torriani hicieron el último esfuerzo para recobrarla, Huberto fue derribado de su caballo y creyó que llegaba su última hora entre los pies de los combatientes. En tan estrecho trance hizo voto á la madona de deponer las armas tomadas por una injusta causa, y consideró como un efecto de su voto la generosidad con que un gefe enemigo, llamado Guido de la Torre, le había tendido la mano para levantarle, ponerle á caballo y darle campo libre diciéndole: —No se dirá que privo á mi patria de un ciudadano tal como tú: ¡feliz ella si contará muchos de tal valía!



Desde entonces se abstuvo Huberto de tomar partido por sus hermanos, los cuales le atormentaron de tal suerte que se vió en la necesidad de permanecer retirado en Asti. Llamaronle á poco y le colmaron de esos honores que pueden satisfacer el amor propio sin dar ningun crédito real, tales como enviarle á alguna de sus ciudades en calidad de podestá, agregarle á la comitiva del emperador cuando éste iba á Roma y confiarle embajadas de pura ceremonia.

Los Visconti se declararon en fin abiertamente contra el papa. El cardenal legado, habiendo desplegado el estandarte del santo padre en la frontera de su palacio de Asti, publicó que todos aquellos, hombres ó mugeres, que concurriesen con él á la destrucción de Matteo y de los suyos, serian absueltos (como se espresa en las antiguas crónicas) del castigo y de la culpa de sus pecados. Tras esto escomulgó á los Visconti, hasta la cuarta generación, como hereges y culpables de veinticinco crímenes, siendo los principales el ejercicio de una jurisdicción ilegal ejercida sobre las personas y los bienes eclesiásticos, la oposición que habían ma-

nifestado á que los suyos se armasen por la cruz, las restricciones que habian impuesto al tribunal de la inquisicion, y finalmente, el haber arrancado de las llamas al herege Manfreda.

Gran conflicto fue para Huberto, que veneraba profundamente el poder del papa, el considerarse envuelto en aquella escomunion; en consecuencia, no escaseó ningun medio para calmar los espíritus, y reconciliar á los milaneses con el santo padre. Parece tambien que en vista de sus consejos se sujetó Matteo á los preceptos de la religion y á visitar las iglesias, pues un dia convocó en la catedral á los clérigos y al pueblo, y recitó el *credo* protestando que contenia la expresion de su fe; pero el papa no creyó sin duda en la sinceridad de esta conversion, y por tanto no quiso retractar el anatema, cuyo peso llevó Matteo al sepulcro. Huberto no quiso ya mezclarse en los negocios públicos, y sin abandonar el esplendor de su rango se encerró completamente en la vida privada, residiendo tan pronto en Milan como en las riberas felices del lago mayor, donde poseia inmensos bienes. Allí se consagraba enteramente á los cuidados domésticos, y como sus tres hijos, Víctor, Ottorino y Giovanni, llevados de su carácter belicoso, no vivian con él sino muy raras veces, empleaba todo su afan en la educacion de Margarita, su hija única.

Conociendo la falsedad del mundo en el invierno de su vida, no podia menos de simpatizar con Buonvicino que conocia tambien en sus floridos años la amargura del desengaño. El jóven y el anciano guerrero trabaron una íntima amistad. El primero, privado de su padre, daba este nombre á Huberto, y miraba á sus hijos y á Margarita como hermanos. Los discursos de aquel hombre lleno de canas anticipaban á Buonvicino en la esperiencia del mundo, y la lectura de los pocos libros que entonces se conocian, ocupaba agradablemente las horas de reposo. Buonvicino componia tambien algunos versos de construccion grosera, tales como la rudeza del arte permitia en aquella época; pero en Milan se distinguia por su destreza en la equitacion y por su habilidad en todos los ejercicios del cuerpo. Jamás dejaba de mezclarse en las discusiones políticas que miraba como la escuela del filósofo y del ciudadano. Todo el mundo le amaba por la amenidad de sus maneras realizadas por una enérgica y constante franqueza, y los señores le respetaban porque sabia hermanar con la sumision que exige la fuerza victoriosa, la dignidad de un infortunio no merecido.

Maravilla hubiera sido que tan cumplido caballero no inspirase amor á Margarita. Buonvicino tenia treinta años, ella frisaba apenas en los quince, y los obsequios de que el jóven colmaba á la doncella, despertaban en su corazon, virgen aun é ignorante de sí mismo, el sentimiento de un púdico placer. Sin embargo, esta pasion fue por largo tiempo un secreto para todo el mundo y aun para los mismos amantes. Jamás Buonvicino le habia dicho á la jóven esta palabra que no se escapa jamás de los labios, sino cuando el elocuente language de la pasion la ha esplicado de cien maneras mudas y diversas: Yo te amo. Apenas ella sabia si le amaba; porque jamás se lo habia confesado á él ni aun á sí misma; empero á la vista de Buonvicino los movimientos

de su corazon eran mas rápidos: si él se alejaba, permanecia abatida, como si sintiera un enorme vacío en el alma, como si la hubiesen privado de una parte de sí misma: si tardaba, todas las angustias de la inquietud se apoderaban de ella: lo volvía á ver y su corazon inocente saltaba de alegría como á la vista de su padre, como al espectáculo de una aurora de Mayo, ó de una viña que Setiembre cargó de frutos; al menos así esplicaba la jóven su alborozo: agradarle, mostrarse bella, generosa y buena, tal era su afan constante: cuando le esperaba se engalanaba con mas cuidado sin advertirlo: cuando él la hablaba sentia renacer la vida en su corazon: ambicionaba sus miradas, y apenas él fijaba los ojos en ella bajaba la vista ruborizada, confusa, olvidando responder á las preguntas de Buonvicino, y balbuceando algunas frases inconexas á los galantes propósitos del jóven. Si hacian resonar de concierto las cuerdas de un laud, confundia las notas turbada; despues se arrepentia, se avergonzaba, se acusaba de su conducta pueril, prometia corregirse y volvía á incurrir al momento en las mismas faltas. Entre las flores de su jardin habia una flor preferida, entre los árboles de su bosquecillo un árbol privilegiado: la flor era la margarita, por la cual habia él manifestado una viva predileccion: el árbol era aquel entre cuyas ramas habia él aparecido súbitamente un dia que la jóven lloraba la ausencia de su adorado. Verle y oirle, sumergir el alma en eternos ensueños, desecharlos bruscamente, volverlos á desear al instante, tal era la historia del corazon de Margarita; existencia avara de aconteci-



mientos, pródiga de impresiones y enteramente abandonada á ese misterioso poder que llena de tantas dulzuras y sabores la senda del primer amor: fiebre de la voluptuosidad que se ignora, gemidos y cantos de alegría, lágrimas y risas sin causa, temores y esperanzas sin fundamento; creerse mil veces al dia en el colmo de la dicha y de la miseria; embriaguez ó tormento, segun que el corazon se considera en la cumbre de la felicidad suprema, ó se sumerge en el abismo del aislamiento y del abandono!

Los sentimientos de Buonvicino no tenian ese carácter de incertidumbre: aunque poseia aun toda la virginidad del

alma y todo el vigor de la virtud, habia ya conocido el mundo y experimentado suficientemente esa vida, comedia para el que la mira, tragedia para el que la siente. La seduccion marcha muy rápidamente cuando no se la teme, y nada dispone el alma á la ternura como el dolor. Buonicicino sufria: conocia que amaba á Margarita y no lo evitaba: conocia que era correspondido y se complacia, contento de haber colocado su pasion en tan precioso objeto, y de que fuese su llama pagada con tal ternura. Despues de haber espirimentado las tempestades de la vida pública y clavado en los hombres una mirada melancólica y penetrante que desde luego adivinara el objeto de sus acciones, su corazon se reconciliaba con la humanidad en la contemplacion de un alma pura, agena de todo cálculo y virtuosa por instinto: buscaba la tranquilidad en las emanaciones de inocencia que formaban la atmósfera en que ella vivia, semejante á esa paz divina que derraman los ángeles que Dios envia sobre esta tierra á mitigar el dolor de las almas.

A LA PREMATURA MUERTE

DE D. ENRIQUE DE ASSERETO,

sus buenos amigos.

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana,
Vago remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.
(José Zorrilla.)

De tu existencia la primer jornada
Cruzaste apenas, mi querido amigo,
Y ya la muerte ciega y despiadada
Su cruel guadaña ensangrentó contigo.

Y eras gallardo, y fuerte y generoso
Y un dulce porvenir te sonreia;
Amor, placer, felicidad, reposo,
El mundo por doquiera te ofrecia....

Mas ¡ay!... el dedo del fatal destino
No perdonó lo fuerte ni lo bello,
Y huella cuanto encuentra en su camino
Sin mostrar de piedad ningun destello.

Nace la flor risueña en la enramada
Y el sol canicular mustia su broche:
Crece la encina en la montaña alzada
Y la abate aquilon en negra noche....

El hombre nace, y aunque rey del mundo
Todo á su antojo altivo lo domina,
Aunque su genio volador, profundo
Con la luz de la ciencia se ilumina;

Aunque á sus pies las fieras encadena
Y las trasforma en apacibles greyes;
Aunque del fuego la esplosion enfrena,
Aunque á la mar bravía dicta leyes,

Dobla tambien la enaltecida frente,
Como la débil flor dobla su tallo,
Cuando lanza el poder omnipotente
Del Dios del cielo su terrible fallo,

Y muere y el que ayer jóven y hermoso
Via en el porvenir dichas y gloria
Hoy es frío cadáver horroroso,
Y el cadáver del hombre es solo escoria.

¡Ay!... ¡Enrique!... y tú has muerto, y los que un dia
Hijo, amante y amigo en ti encontramos,
Al ver tu frente marchitada y fria
Hijo, amante y amigo hora lloramos.

Porque la tierra que te abrió su seno
Inexorable ya guarda su presa,
Y pronto el tiempo de piedad ageno
Su manto tenderá sobre tu huesa.

Y en vano buscará nuestra memoria
Tu imágen para todos tan querida....
Que la imágen del hombre es transitoria
En el sendero triste de la vida.

Mas aunque el tiempo todo lo anonada
Mientras los que te amamos respiremos
No quedará tu losa abandonada....
Pues llanto y oracion te ofreceremos.

N. C. Jover.

POR IR Á PARÍS.

¡Quiero ir á París! decia llorosa una aldeana de Bretaña á un jóven marino que la contemplaba con la mas profunda amargura. Quiero ir á París, donde hay palacios de oro, y bailes de hadas y fiestas mejores que las de la Virgen de Buen-Guia. — ¿No estás contenta, mi hermosa Luisa, respondió el jóven, con el murmullo del Océano, donde se escuchan las plegarias de los marinos, y donde tu padre hizo resonar el último gemido de su agonía? ¿Has olvidado acaso, pobre niña, aquellas noches de luna, en que cogida de mi mano vagabas conmigo por la ribera del mar, jugueteando con las olas que venian á besar sumisas nuestros pies, y en que inocente todavía buscabas en mi mirada tu alegría, y en mi beso tu esperanza? No zarpes áncora de estas aguas, huérfana hermosa; pues como pequeño bote no podrás resistir la pleamar que tienes que atravesar entre los escollos y canales de París. Me han dicho que esa ciudad es peor que el Océano atlántico, cuando Dios envia las tempestades para probar el valor de los marinos.... No te hagas á la vela por Dios. — Yo soy hermosa.... replicó Luisa. — Sí, como la luna en una noche de calma. — Y brillaré en París. — Sí, como el faro envuelto en los vapores del Océano en una noche de averías. — Y seré rica y poderosa. — Tambien navega por las soledades del mar orgulloso un bergantin de alta arboladura; una brisa suave, como el aliento de un niño, hincha sus velas, y le hace deslizar sobre la olas, como una paviota. Lleva flotante en el tope la altiva bandera de Francia, y mecido, como si el mar fuera una cuna, se lanza por esas soledades, dominando al viento, para cruzar de un mar á otro, de un polo á otro. Pero Dios desata entonces los huracanes que obedecen su voz: ¡pobre bergantin! el primer aliento de la tempestad rompe su arboladura; gime el infeliz, como una niña lejos de su madre, y arrebatado cual si fuera una caña, se va á pique, y desaparece su equipage, para dormir su último cuarto en el fondo del mar. — Pues bien, el bergantin hará este viage y no perecerá. — ¿Y mi amor? ¿y la estrella que guia mi rumbo? — Se eclipsa, amigo mio.... á Dios, á Dios. Quédate con tus montañas y tus rocas, con tu cielo y con tu Océano. — No, no, que vas á naufragar....

Luisa había desaparecido: Luisa llegó á París, á esa ciudad babilónica, donde el placer y el vicio, la virtud y el crimen, el saber y la ignorancia tienen tantas formas, tantos atractivos, tanta seducción. Aquella misma noche vió palacios iluminados, coches magníficos, y oyó voces dulces que halagaron sus oídos de una manera que le era grata, porque la eran desconocidas: aquella noche no pudo dormir. Al día siguiente se dirigió á la elegante casa de un jóven á quien conoció en su niñez: le habló, y cuando le presentó las flores de la Bretaña, el jóven creyó ver una hada, una musa, una sílfide. Cuando Luisa salió de aquella magnífica estancia ya no respiraba con alegría: llevaba los ojos bajos,

las mejillas pálidas, y no miraba los coches, ni los palacios, ni hacia caso de las voces agradables que zumbaban otra vez en sus oídos. El bergantín comenzaba á correr la tempestad. Aquel día permaneció Luisa encerrada en su cuarto abatida; cualquiera diría que la vergüenza había cerrado sus ojos, y oprimido su corazón. Ya estaba sola; París no era ya bello, los palacios de oro no ofrecían encanto; los bailes de las hadas se habían concluido. Pero una muger de suntuoso traje le hizo creer que era la protectora de las huérfanas y de las jóvenes extranjeras, y Luisa abrió el corazón á la esperanza, siguió á la muger: y se dijo para sí: mi falta no tiene remedio. ¿Cómo me presento otra vez á las



jóvenes de mi aldea? Adelante, adelante. —Y la pobre desgraciada suspiró sin embargo. Pero aquel suspiro no se repitió. Pocos días después la vió el jóven, á quien había visitado, cubierta con magnífico traje ocupando los blandos almohadones de un coche: el jóven se sonrió y pasó adelante. Luisa era rica, adorada, y no resonaban ya en su oído los bramidos del Océano ni el rugido de la tempestad: Luisa era feliz.

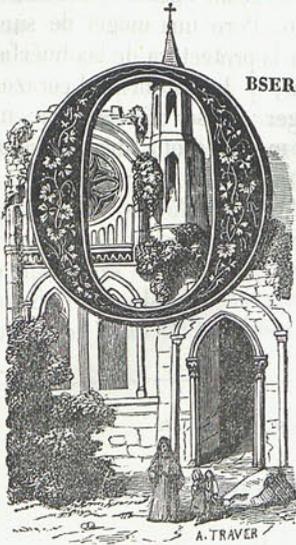
Pasados eran, sin embargo, algunos años cuando el marino se dirigió también á París, para recibir el premio de sus servicios: su valor había sido aplaudido. Un día paseaba por las inmediaciones de un hospicio y creyó oír una voz que le recordó otros días, otras ocupaciones y otros placeres. Aquella voz era la de Luisa: ¡ah! el bergantín había naufragado. El marino no la podía reconocer; pero cuando una muger enferma, le dijo: Dios ha desatado los huracanes

que obedecen á su voz; y el pobre bergantín se ha ido á fondo al primer aliento de la tempestad; el bravo marino lloró; y lloró porque reconoció á Luisa! Era una flor agostada, era una luz moribunda; era la luna velada por las nubes de una noche de invierno. ¿París era todavía brillante y seductor para aquella alma dolorida? No; porque la vida es risueña para la inocencia; pálida para el arrepentimiento. Luisa volvió á la aldea: el marino no olvidó hasta su muerte enviarla abundantes recursos para que prolongase sus días. Pero no se veían; porque Luisa no podía sufrir sin tormentos la mirada de su antiguo amante; y el jóven no gozaba delante de ella la tranquilidad, que los combates, ni el furor de los elementos bastaban para turbar. Las aldeanas solo visitaron á Luisa, cuando murió; y aun arrojaron flores sobre su sepulcro; porque Luisa había muerto cristianamente.

B.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

Historia de Valencia, por D. Vicente Boix, tomo 1.º — Vida y hechos de D. Tomás de Zumalacárregui, por D. Juan Antonio Zaratiegui. — Introduccion al estudio del derecho romano, por D. Francisco de Paula Arolas.



OBSERVAMOS con placer, que á medida que la paz, al través de las mil vicisitudes que han pesado sobre España, parece quiere tomar carta de naturalizacion en nuestro suelo, se han decidido los ingenios pensadores á ocuparse seriamente de cosas mas útiles; dejando inscritos para el porvenir sus nombres, acompañados de la gloria que adquirieran por sus afanes. Mientras la tempestad ruge en derredor, y la frágil navecilla en que navegamos se halla combatida por las encrespadas olas y los vientos

desencadenados, apenas se puede pensar mas que en buscar los medios de salvarse del peligro; empero cuando el sol disipa las nubes que enturbiaban la atmósfera y el mar recobra su calma perdida; el navegante, libre de los sustos que á cada instante le asaltáran, puede conducir á seguro puerto la carga que le estaba confiada, para esponerla allí á la admiracion ó crítica de los que la observan. Así tras largos años de padeceres, nuestro pecho se dilata al contemplar que los estudios graves, filosóficos, profundos, ocupan las mas aventajadas imaginaciones; y la historia, esta maestra muda de nuestra vida empieza á ocupar el puesto de honor que la está siempre reservada. No ya tan solo se escribe la historia de las naciones en general, sino que despejando mas el camino que de tanta maleza hasta ahora se hallaba cubierto, se entregan los hombres estudiosos con preferencia á detallar los acontecimientos de un reino, de una provincia, de un pueblo, para que reunidas estas bases pueda conocerse mas profundamente y con mas estension, la historia completa de una nacion. Para el progreso intelectual de nuestro siglo no bastaban ya las crónicas parciales, los manuscritos, las apuntaciones variadas, las tradiciones, las leyendas de un pais; sino que era necesario compilarlas, reunir las con espíritu filosófico é imparcial, desechando lo que la humana razon y el buen criterio desechan como absurdo. Tal es el trabajo que ha emprendido D. Vicente Boix en su historia de Valencia. El primer tomo que contiene desde la fundacion de la ciudad hasta el fin de la guerra de la Germania, encierra en sí los datos mas curiosos é interesantes acerca de su origen y sus varias vicisitudes, ora bajo el sarraceno yugo, ora bajo el mando de los dos conquistadores; datos que solo puede haber reunido el autor á fuerza de mil sudores y vigiliás. Nada omite el historiador de cuanto puede interesar al que la lee; y los hechos que relata tan graves y complicados, y aun difíciles de descubrir en aquella época, se hallan relatados con precision pero con minuciosidad, sin que se encuentre en su relato ni redundancia de espresiones, ni languidez en el contar, ni escaséz en los sucesos. Escrita con un estilo fácil, claro y elegante, *la historia de la ciudad y reino de Valencia* es un monumento para nuestra patria, y el autor ha hecho un verdadero y útil servicio á su pais. Conocemos que á medida que se va acercando á nuestros tiempos se presentarán al autor graves dificultades, obstáculos sin cuento; empero no

dudamos que el autor sabrá vencerlos, apreciando los sucesos con la misma filosofía y la misma verdad que los hasta ahora relatados.

Si los acontecimientos contemporáneos pueden tratarse con la misma imparcialidad, el mismo desprendimiento de pasiones que los remotamente acaecidos; á nadie puede conferírsele el nombre de historiador con mejor título que al señor Zaratiegui por su *vida y hechos de Zumalacárregui*. A la manera del Polibio, el señor Zaratiegui con una franqueza y lealtad que hacen su elogio, nos detalla el valor, los pensamientos, las ideas, las agonías de su gefe, amigo y compañero; y sofocando en muy gran parte las afecciones particulares que á su opinion política le unen, nos presenta sin acritud, sin exaltacion, sin frenesí la época mas interesante de la pasada guerra. Escritor estudioso y de no vulgares conocimientos, el autor de la obra indicada ha escrito la vida y hechos de aquel valiente caudillo con un language sencillo, severo y elegante; y en cada párrafo, en cada capítulo se echa de ver, que el autor se ha poseído, antes de tomar la pluma, de la fidelidad, discernimiento y moralidad, cualidades inseparables de todo buen historiador.

Para la juventud que con constante anhelo se dedica al estudio de la jurisprudencia, faltaban ciertas nociones del derecho romano, origen del nuestro; y sin las cuales debian ser estériles los estudios sucesivos. El señor Arolas, cuyos acentos se han dejado oír con tanta aceptacion en esta universidad literaria, ha allanado este paso embarazoso publicando quince lecciones, como modestamente las llama, en las cuales reasume todos los acontecimientos, todas las variaciones ó fases que tuvo el derecho romano desde Rómulo, hasta su estension por oriente y occidente; estension que le dió la grande influencia que ha egercido en el derecho de casi todas las naciones. Este trabajo en algunas partes tan pesado é ingrato lo ha superado victoriosamente el señor Arolas con la claridad y facilidad de su language; y si en algo pudiéramos tacharle tan solo le acusaríamos de sobrada concision. ¿Seria en vano si suplicáramos al señor Arolas que no se detuviera en el principio de su brillante carrera, y continuara esplicándonos esos puntos tan intrincados de derecho romano, cuya esplicacion de tanta utilidad seria para la juventud? ¿Quién podria mejor que él desenvolverlos, acostumbrado ya á dilucidarlos?

TRADUCCION DE VICTOR-HUGO.

Quien no ama no vive.

¡Oh! tú, mortal feliz, quien quier que seas:
Si de la noche entre el oscuro manto
Tras la huella ideal nunca has corrido
De un paso de muger, de un velo amado
Que se desliza huyendo en las tinieblas
Y al pasar junto á ti con vuelo rápido
Cual de la noche ardiente meteoro
Deja en tu corazon su vivo rastro:
Si solo en los cantares melodiosos
Conociste del bardo enamorado
Ese supremo bien que la existencia
Convierte en un eden de eterno encanto,
Gozar de la muger que el pecho adora
Libre y eternamente los halagos,
Y no ver mas antorchas, mas estrellas
Y no tener mas soles ni mas rayos
Que los ardientes rayos que despide
La lumbré de sus ojos soberanos:

Si la terrible angustia no has sentido
 De mirar como estrechan otras manos
 La mano de tu bien y cual su pecho
 Palpita de otro pecho á los halagos;
 Si tus ojos, mortal, por un momento
 No siguieron jamás con ceño airado
 El vuelo corruptor de impura danza
 Que abrasa el corazon, que inflama el hálito
 A un tiempo mismo flores y mugeres
 En su lacivo curso deshojando;
 Si jamás entre alfombras de verdura,
 Bajo el azul del estrellado espacio
 Aspiraste el deleite allá en la sombra
 Lejos del mundo y su mirar profano:
 Si esta dulce palabra: Yo te adoro
 No hizo latir jamás tu pecho helado
 Ni compasion sentiste por aquellos

Que en pos de cetros, de esplendor y fasto
 Se afanan cuando amor, dicha suprema,
 Les brinda con sus dones soberanos:
 Si en las calladas horas de la noche
 Mientras *ella* reposa en lecho blando
 No derramaste lágrimas mil veces
 Presa de tu dolor; si no sonaron
 Tus lamentos jamás de aurora á aurora
 Invocando su nombre idolatrado:
 Si jamás te acosó la amarga idea
 De que el objeto de tu fuego insano,
 Mientras tú por su amor dieras la vida
 Se burla con desden de tu quebranto,...
 Si tantas impresiones no has sentido
 ¡Tú no has sufrido, no, tú no has amado!

P. García Cadena.



REVISTA TEATRAL.

Los Puritanos. — *Los Polvos de la madre Celestina.* — *Catalina Howard.* — *D. Frutos en Belchite.* — *Cuando se acaba el amor.* — *Pedro Fernandez.* — *El Lobo marino.* — *La familia del Boticario.*

De los Puritanos á los Polvos y de los Polvos á los Puritanos hemos andado los cuatro primeros dias de esta semana. La señora Villó ha brillado como siempre en la hermosa participacion de *Bellini*, arrancando numerosos aplausos de la concurrencia, y los señores Santi, Hordan y Santarelli han cantado bastante bien. El señor del Rio ha estado feliz y gracioso como siempre en los *Polvos*, y la señora Toral inmejorable en su parte de *Celestina*. Los señores Lugar, Gonzalez y Parreño y la señora Carrasco desempeñan muy bien esta funcion. La escena y sobre todo los bailes han estado sumamente pobres, y entre otras cosas notamos un hombre vestido de muger, ¡angelito!

De *Catalina Howard* y de los dramas de esta especie nos ocupamos en otro articulo con detencion, y á él remitimos á nuestros lectores.

La egecucion fue mala, y nunca hemos visto á los actores tan fuera de situacion. La señora Toral tan inteligente y acertada por lo general, no comprendió el papel de *Catalina*. El carácter de esta desgraciada reina es el de una jóven llena de candor, pero tan ciegamente dominada por el deseo de figurar que comete un crimen horrible, cuyo valor, ella misma no se ha puesto á reflexionar. Pero ama á *Etelwod*, lo ama mas que nunca cuando aquel le entrega la llave del sepulcro en que va á dormir temporalmente, y nada tan distante de

Catalina en aquel momento, como la alegría y maquiavélica sonrisa que manifiesta la señora Toral: saca el anillo del dedo de su esposo, pero sin que ella misma sepa darse cuenta de su accion: es un movimiento indeliberado, una tentacion de orgullo superior á la razon, no la espresion de un pensamiento horroroso concebido de antemano. Despues, cuando ha luchado á solas, cuando la presencia de Etelwod ha desaparecido, y la pompa real se ofrece á sus ojos y la fascina y la arrastra, se decide á ir á buscar al monarca, y solo á su lado y cuando éste le ofrece la diadema de Inglaterra se escapa de su mano la llave fatal. En toda esa escena que la señora Toral nos ha pintado con la sangre fria de una muger infame por instinto, ha faltado la lucha y el terrible contraste con que batalla en su imaginacion el recuerdo de lo pasado con la brillante perspectiva del porvenir. No es ella quien comete el crimen, es su destino quien la arrastra á él. Luego, cuando queda sola, cuando sube al trono, cuando se complace y busca y pide el amor y los honores á su real consorte, no es porque olvidando su delito esté orgullosa de lo presente y satisfecha de su accion, sino porque necesita ahogar entre los pliegues de su manto real las lágrimas y el remordimiento que la devoran, necesita engañarse á sí misma, y palpando la realidad de su sueño de oro, acallar la terrible voz de su conciencia. Por eso, cuando se le presenta Etelwod le pide su amor y un desierto, y se lo pide de lo íntimo de su corazon, no por miedo á su venganza, sino porque la virtud recobra su imperio. El asesino frio y desnaturalizado jamás está tan cerca del arrepentimiento. En la balada del rey Arturo que cuenta á Etelwod tambien estuvo demasiado afectada, y de aquellos tres seis con que la terminó sobraron dos: cuando se desmaya en el cuarto cuadro tambien debe procurarse para otra ocasion que sea mas próximo á la ventana, pues nada tan ridículo como andar en ese estado. Así como hemos censurado lo que hemos creído justo, nos complacemos en manifestar que en los dos últimos cuadros estuvo perfectamente esta apreciable actriz, y sobre todo cuando le leen su sentencia: el desfallecimiento, el temor, la agonía y debilidad de una pobre muger fueron fielmente retratados.

El señor Lugar desempeñaba el papel de Etelwod, y tampoco nos satisfizo del todo, si bien fue de lo mejor que vimos. No muy seguro en su papel no dió todo el colorido que debia á la escena en que rehusa los ofrecimientos de Enrique, ni á la del último cuadro. En los demás estuvo bastante bien.

El señor Cejudo, que hacia á Enrique VIII, tenia bastante en que ocuparse con atender al apuntador, para dedicarse á bosquejar fielmente el personaje que representaba. Ignoramos qué causas hayan podido influir para que no supiese su papel, pero le aconsejamos que prescindiendo para en adelante de toda consideracion, atienda únicamente á conservar su buena reputacion artistica. Por mas inteligencia, por mas mérito que tenga un actor nada puede hacer sino sabe de memoria lo que ha de decir.

El señor Parreño estuvo bien en el conde de Sussex, papel corto, agradecido y de seguro éxito.

El señor Faubel nos agradó mucho en el de nigromántico. La señora Montaña, bien, pero se le olvidó que debe coger la llave del sepulcro del duque y decir que lo desea, aparte y de modo que no lo oiga ni lo note su hermano.

La escena no estuvo bien servida: el tapiz del palacio de Enrique era el mismo que servia para el del duque de Dierham, y esto es imperdonable.

La concurrencia fue tal, que se devolvieron mas de doscientas tarjetas, y el pueblo ocupaba las entradas de las lunetas. Sin duda contribuyó á este resultado los grandes cartelones que se espusieron al público con un monigote que tenia la cabeza cortada y los pies hácia arriba.

D. Frutos en Belchite: del mérito de esta comedia ya habló uno de nuestros colegas cuando se egecutó por primera vez, y por lo tanto nos limitaremos á decir que fue bien egecutada por la señora Toral y los señores Pizarroso, Lugar y del Rio.

Cuando se acaba el amor.... y Pedro Fernandez, son dos sainetes, vulgo piezas en un acto, puestas en escena para beneficio del señor Segarra. Desgraciado anduvo este prógimo

al escoger la funcion. *Cuando se acaba el amor....* por poco no se acaba, y *Pedro Fernandez* murió antes de tiempo. La primera, sin embargo, aunque mala traduccion, tiene sales picantes, y las últimas escenas remedian algun tanto la mala impresion que producen las primeras. La egecucion fue muy buena á pesar de lo revuelto que estuvo el palomar, y la señora Toral y el señor Lugar sacaron la nave á puerto. *Pedro Fernandez* fue silbado horriblemente.

El lobo marino: el señor Pizarroso está muy bien en esta comedia, desempeñando el papel de un barba de mal carácter y buen corazon: en todos los papeles de esta cuerda que le hemos visto representar, nos ha agradado sobremanera, porque su voz, su fisonomía y hasta su método de declamacion se avienen á él perfectamente. *El lobo marino* es un animalito de no muy buena ralea, y como dijimos al ocuparnos de él por primera vez, tiene un título cuyo significado no se conoce en España.

La familia del Boticario: esta pieza tan vista y revista siempre proporciona ocasion de brillar á los señores del Rio y Parreño. La señora Orgáz desempeña perfectamente el papel de Rufina, y al verla con aquel leviton y aquella peluca nos recuerda la presencia del inolvidable señor Orgáz, que parte con el señor Montaña abundantes laureles en Zaragoza.

A fines del próximo mes deberá ponerse en escena *La lámpara maravillosa*, comedia de magia, cuyas decoraciones está pintando el señor Aranda. Desde luego le pronosticamos al público *maravillas*, toda vez que está encargado de pintarlas un artista de mérito tan relevante.

La Mosca.

BIBLIOGRAFÍA.

HISTORIA DE LA CIUDAD Y REINO DE VALENCIA,

POR D. VICENTE BOIX.

Se ha repartido la entrega 10 de esta obra interesante, á quien se han prodigado los mayores elogios.

Sigue abierta la suscripcion en Valencia en la imprenta de Monfort, y en la librería de Casiano Mariana; y en las provincias en las principales librerías.

Sociedad literaria de Madrid.

ARTURO,

DE MR. EUGENIO SUE.

Traducida al castellano por D. VÍCTOR BALAGUER.

Se ha repartido el tomo 1.º y está en prensa el inmediato.

LA CRIOLLA Y LOS JESUITAS.

Novela histórica, joco-seria, agri-dulce, ó como si dijéramos escrita entre risa y llanto, original del Tío Fidel.

Se ha repartido el tomo primero y está en prensa el segundo que será el último.

EL FANDANGO,

periódico nacional, con profusion de grabados y caricaturas nuevas, escrito en prosa y verso por los fundadores y redactores de la RISA.

Sigue abierta la suscripcion para el segundo año.

Se suscribe en correos, en casa de D. Juan Bautista Gimeno y de D. Casiano Mariana.

Director literario: D. Rafael de Carvajal.

MIL Y UNA NOVELAS.

Una entrega cada 15 días de 64 páginas en 8.º mayor, edicion de lujo. Para los Sres. suscritores al FENIX ó á la Biblioteca del FENIX, un real de vellon la entrega; para los que no lo sean, dos reales: á los de fuera se les aumentará medio real por entrega. Se suscribe en provincias, tanto al FENIX como á las novelas, remitiendo libranza sobre correos, franca de porte, á favor del director del FENIX, en Valencia en la

Imprenta de D. Benito Monfort, plaza del Temple.